

## EL MITO DE HÉRCULES

DR. JAIME OSPINA ORTIZ  
Universidad del Valle-Colombia

HEMOS SOSTENIDO CON UN colega animado diálogo, al modo socrático buscador de verdades, sobre el carácter individualista —mi colega—, y nacionalista —yo— de las culturas greco-romanas.

—El individuo, como sujeto de derechos, no tuvo apenas significado para Grecia y Roma. Recuerdo dos trabajos interesantes en los que se sostiene que todo allí fueron instituciones sociales y desindividualización de la persona. Me refiero al estudio sobre las instituciones romanas de León Homo<sup>1</sup> y a Glotz que investigó las instituciones griegas.<sup>2</sup> Mire usted, cuando Aristóteles formuló la idea vigente en su tiempo sobre el hombre, sólo relievó al ser político, colectivo, nacionalista.<sup>3</sup> Aquel *zoon politikon* es el alma de la literatura de la Hélade y palpita en el fondo de toda la antropología clásica con carácter obsesivo y único. La libertad individual, purgada de presupuestos políticos, fue tan ajena a aquellas culturas como es a la nuestra (¡digo a la occidental de hoy enfrentada al marxismo!) el condicionar la libertad individual del hombre íntimo al estado.

A este planteamiento mi colega oponía:

—Las instituciones greco-romanas, muy al contrario de lo que usted sostiene, fueron eminentemente individualistas. El Derecho Romano, más concretamente el Derecho de Gentes, y el culto griego de los héroes consagraron, en aquellas culturas, al individuo como sujeto de derechos. En las mencionadas instituciones el Estado aparece como el gran defensor de los derechos funda-

<sup>1</sup> HOMO, LEÓN, *Les Institutions politiques romaines*, Ed. Albin Michel, París, Trad. de José López P. Ed. UTEHA, México, 1958.

<sup>2</sup> GLOTZ, G., *La Ciudad Griega*, Trad. José Almoína, Ed. UTEHA, México, 1957.

<sup>3</sup> ARISTÓTELES, *Política*, I, 1, 6 y I, 2 estudia la naturaleza social del hombre, y por su concepto de sociabilidad encuentra fundamentos para justificar la esclavitud.

mentales del individuo y como estímulo de individualización. Grecia más que Roma quiso de cada individuo un héroe y para ello se esforzó por educar al individuo en la *autonomía* prodigiosa de la *areté*. La *areté*, es decir, la excelencia de la personalidad no era otra cosa que el acopio de virtudes que hacen superarse al individuo, sacándolo de la mediocridad colectiva a la grandeza individual.

—Usted da una interpretación individualista —acondicionándolos a su punto de vista— a argumentos claves en pro del concepto colectivista de las culturas greco-romanas, insistía por mi parte, queriendo mostrar al colega la única cara de la medalla. No es del caso apoyarse en la apariencia individualista de tal o cual principio del Derecho, aislándolo del contexto y torciéndole su intencionalidad. El Derecho Romano se elaboró, mejor se codificó, en pro de la unificación normativa del Imperio y en él lo interesante no son los derechos que concede sino a quiénes se los concede. Porque con el Derecho Romano pasa lo mismo que con la educación de los ciudadanos en la *areté*: aquello no era para todos, era privilegio de la aristocracia gobernante. Cuando llegó la época de la democracia los juristas atenienses no tuvieron más salida que la de dictar para todos los ciudadanos el título de aristócratas. Usted recuerda que aun entonces a la masa amorfa de los millones de esclavos se les negó todo derecho y toda educación porque no tenían *areté*. Pero tengo otra conclusión más, extraída de la extensión de la *areté* a todos los ciudadanos: la única intencionalidad de tal medida fue el servicio de la polis. En tal forma fueron colectivistas aquellas culturas que penetraron de nacionalismo todo el psiquismo individual con sus derechos y sus virtudes. Y aquí nos empezamos a adentrar en el alma griega, en sus ideales y en su plena concepción de la vida. Yo quisiera que penetráramos a este maravilloso mundo de la mano de un héroe, del más representativo de los héroes griegos, del más mitológico de ellos, de un Hércules, por ejemplo, que para mí sintetiza el alma griega y que por su peculiaridad excepcional, de él echaron mano los poetas, los filósofos, los escultores y los pintores cuando quisieron presentar al pueblo de la Hélade lo más auténticamente griego de su pre-historia.

A estas razones mi colega opuso otras interesantísimas hasta el punto de que no pudimos ponernos de acuerdo, a pesar de estar seguros de que los dos íbamos guiados por la *frónesis*; tuvimos, empero, el buen humor de citarnos a duelo en pequeños ensayos, donde cada cual expusiera los argumentos más valederos en el sustento de su respectiva tesis. Así, habíamos dejado el método socrático de la inspiración, por el método científico de la investigación. El tema, dijimos, contiene un problema de interpretación histórica, nada menos que sobre la cuestión de las cuestiones, el dédalo de la libertad individual, y como ambos estuvimos de acuerdo en que la interpretación histórica es va-

ledera cuando se apoya en sucesos históricos, independientemente de todo pre-concepto individualista y subjetivo, como lo enseña el maestro Husserl, decidimos formarnos una conciencia ilustrada sobre el problema y exponerla luego honradamente.

A propósito de honradez mental estuvimos comentando con el colega cuán poca existe en los intérpretes de la historia. Por sacar adelante una idea peregrina *acondicionan* los sucesos históricos en forma impúdica, niegan, añaden, cortan, cambian, interpolan, anticipan y procrastinan los datos, usando el método de la tijera y el engrudo de que habla Collingwood, como si ellos fueran los autores de la Historia. ¡Lejos de nosotros tal impudicia! Hicimos el propósito de no ceñirnos a ningún esquema historiográfico, porque los encontramos apriorísticos y meten a los pensadores en unas encrucijadas de donde sólo pueden salir con la fórmula mágica de "Roma locuta".

Mi amigo es persona realmente versada en las culturas mediterráneas de la antigüedad. Ello me hace temer que voy a quedar tendido a su primer floretazo. Pero no importa, porque el castigo producirá sus frutos en mi osadía.

Es el mito producto de tradición imprecisa, denso por el contenido del alma de los pueblos, que enlaza hechos históricos o creencias religiosas, personificando en héroes y semidioses las causas reconocidas, en ese momento histórico, como poderes sobrehumanos reconocibles en los fenómenos naturales, en muchos acontecimientos históricos o en ritos antiquísimos de familias, fratrías y ciudades; por sobre todo ello, la máxima importancia del mito la constituye su carácter de encarnación del ideal heroico de los pueblos.

Para el fin que se propone el presente ensayo conviene destacar de la complejidad del mito dos elementos: su *carácter religioso* y su esencia del *ideal heroico*. En Grecia, más que en otros pueblos occidentales, estos dos elementos del mito son valiosísimos para la interpretación del concepto vital de los helenos, ya porque desempeñan papel primordial en los primeros escritores —piénsese en Homero—, ya también porque sus filósofos, poetas y escultores de todos los tiempos sacaron de ellos arsenal de ideas tradicionales, de motivos artísticos y de enseñanzas morales. Perseo, Demeter y Perséfone, Hipólito el virginal, Dafne, Orfeo, Narciso, Urano y Gea, y por encima de todos en importancia el mito nacional de Hércules, más rico que el de Sísifo, y no menos griego que los de Prometeo y Proteo.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Interesantes estudios sobre el mito griego nos los ofrecen CASSIRER, E., *The Myth of the State*, quien va en busca de la conciencia mítica; BOWRA, C. M., *The Greek*

Enraizado en los dos elementos que hemos querido destacar está el problema de la libertad individual. ¿Hasta dónde la conciencia mítica fue libre? ¿En qué forma el ideal heroico dejó ilesa la libertad individual?

Al afirmar que de la esencia del mito es el elemento religioso, estamos, así sea involuntariamente, planteando el oscuro nacimiento de las religiones, gestadas en antigüedades brumosas y ensombrecidas mil veces, en su paso hasta nosotros, por la travesía de generaciones mil, desde primitivos sin nombre y sin historia. La plenitud de la fe religiosa más que una experiencia total es un legado acumulado en innumerables generaciones, ya que la tradición no es el agua de una noria, de idéntico volumen en todo su trayecto, sino el caudal de un río que se va acrecentando con los afluentes que le vierte cada día. Se habla de la pureza de la tradición, pensando en la noria y olvidándose del río. Las grandes revoluciones sociales y las tormentas enturbian las tradiciones y los ríos.

Muy acertados andan quienes juzgan que las magnas deidades del Olimpo, al ir de generación en generación, sublimaron su carácter inicial de personajes de mito; en ese caso, Zeus habría sido el mito del pater, como Hera (Juno) de la mater; Atenea (Minerva) la hija predilecta de Zeus habría sido el mito del nacionalismo, como Apolo el mito del superior destino de la Hélade para las artes, la filosofía y la política; Artemisa (Diana) la personificación de la naturaleza virgen y Hermes (Mercurio) el mito del comercio y de la expansión de Grecia; Poseidón habría sido el mito de lo que representa el mar para Grecia, como Afrodita (Venus) representa el eterno femenino que recibiera tan destacado culto entre los pelidas.

La religión griega tuvo su origen en la familia y creció al ritmo del crecimiento de la sociedad. Fustel de Coulanges, en su obra maestra "*La Cité Antique*", prueba esta tesis, que desde él ha sido comúnmente sostenida. Así Bowra, uno de los más recientes escritores sobre Grecia a la par que atinado y fácil expositor, dice al respecto: "La religión griega, que comenzó en el individuo y la familia, pasó con facilidad al ámbito de la ciudad estado, que poseía ciertas características de la familia y protegía al individuo".<sup>5</sup>

Nuestro propósito de encontrar las relaciones del mito y de la religión se reforzaría notablemente si los griegos hubieran tenido, en ellos —en sus dioses—, otros tantos modelos de acción y de grandeza. A mostrar esta relación apuntan aquellas palabras de Bowra: "Si Zeus, en el *Prometeo Encadenado*, de Esquilo, se comporta como un joven tirano, y afirma los derechos del más

*Experience*, London, 1957; GROETHUYSEN, B., *Mythes et Portraits*, quien se fija más en el mito como ideal histórico.

<sup>5</sup> BOWRA, *The Greek Experience*, Trad. de LUIS GIL, *La Aventura Griega*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1960, p. 89.

fuerte, no hay ningún motivo que impida a los hombres tomarlo como modelo".<sup>6</sup>

Estas interrelaciones de la religión y el mito se nos aclaran mucho con el análisis de la libertad individual conservada por el griego frente a su religión, lo que equivale a decir frente a sus mitos. Es Fustel de Coulanges quien nos va a guiar especialmente en este análisis en cuanto a los datos en que nos apoyamos.

En el hogar de toda casa griega arda perennemente el fuego sagrado. Ese fuego ardoroso era el alma de los antepasados. Su extinción significaba el aniquilamiento del carácter semidivino de los penates y su trueque en demonios maléficos dedicados a perseguir a la impía descendencia. El primogénito del muerto era el encargado, el único encargado del culto del hogar. Sacerdote sumo, también él destinado a ser penate, fácilmente se comprende la veneración en que se le tenía. Los demás miembros de la familia eran insignificantes frente al pater. Solo él podía orar, él solo conocía las fórmulas y ritos sagrados, secreto de familia. Heredero único de los bienes, tradiciones y virtudes paternas, el novísimo pater era juez en su casa, era rey que podía disponer de la vida de sus hijos, esposa y servidumbre, sin tener que dar cuenta de ello a nadie. Como de él y de su descendencia dependía el futuro del culto, la mayor impiedad que podía cometer un primogénito era guardar celibato y se exponía a los castigos sufridos por Hipólito.

Cada familia tenía su culto diferente, sus diferentes dioses, su sacerdote propio, su héroe y su religión privada. Era delito de muerte acercarse a un hogar extraño o tomar parte en una ceremonia ajena. Más tarde, al constituirse la ciudad, se adoptó un dios común —Atenea Polias— o un héroe —Quirino—. La religión se ensanchó, pero sin perder los rasgos del culto doméstico. La tradición rodó sobre los siglos, transformando en dioses a los personajes míticos y revistiendo las nuevas inexplicables experiencias con la adecuada pintura de nuevos mitos. Al frente del culto políade se colocó a un sacerdote común, investido no sólo del gobierno religioso, sino también de la suprema magistratura: se le llamó "Basileus" "Rex". Los dioses de una ciudad odiaron a los de otra y, como en el culto familiar, los extranjeros fueron excluidos del culto políade. Es verdad que, en su busca del panhelenismo, fueron aceptados por toda Grecia los dioses olímpicos y otras divinidades menores. Aun entonces en casos de colisión de una ciudad con otra, las divinidades, invocadas simultáneamente por los adversarios, perdieron su olímpico equilibrio y se ladearon hacia los más fuertes. A propósito de estas luchas intestinas, Tucídides narra la respuesta dada por los atenienses a los melios:<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *Idem*. *Ib.*, p. 94.

<sup>7</sup> TUCÍDIDES, V, 105, 1.

“En lo que respecta al favor de los dioses, tampoco nosotros creemos quedarnos atrás. Pues no pretendemos ni hacemos nada que esté fuera de lo que los hombres piensan sobre los dioses ni de lo que quieren los unos con respecto de los otros. En efecto, nuestras creencias sobre los dioses y nuestro claro conocimiento de los hombres nos inducen a creer que unos y otros, por imperativo de su naturaleza, gobiernan siempre a quienes superan en poder”. Esta realidad griega es comentada por Bowra: “Es cierto que algunos grandes santuarios, como Olimpia y Delfos, eran genuinamente helénicos, y el acceso hasta ellos estaba garantizado por pactos internacionales. Pero cuanto más se honraba un dios en una ciudad, tanto más se esperaba de él que le prestara ayuda en contra de las otras”.<sup>8</sup> Y un poco más adelante añade Bowra: “Si los dioses griegos eran parte de una herencia común, constituían también una poderosa fuerza para mantener dividida esta herencia. . . La religión griega se basaba sobre la creencia en el poder en sentido amplio, y especialmente en el poder de sacar el máximo provecho de las capacidades y oportunidades; y los dioses que encarnaban esta creencia, ayudaban a los hombres reforzando sus capacidades en muchas clases de actividad. La religión acentuaba la dignidad de la acción y le confería un impulso motor”.<sup>9</sup>

El providencialismo activo de los griegos —tanto más confían en el poder divino cuanto más seguros se sienten de sí mismos— contrasta con su frecuentísima actitud de temor ante lo desconocido, presentándonos nuevamente el fenómeno religioso en función del sentimiento de seguridad. Para el primitivo ignorante todos los efectos cuyas causas desconoce son manifestaciones de la divinidad. Los efectos favorables son un premio a su esfuerzo, en tanto que los desfavorables son un castigo a su impiedad. Por eso huye de la impiedad casi con zozobra. Su conciencia es una conciencia atormentada. Posee a plenitud el sentimiento trágico de la vida, en su doble carácter de angustia vital y de desenlace fatídico. Pero su conciencia ha sublimado el sentimiento trágico convirtiendo el *amor fati* en verdadera *catarsis*, con todo lo que ésta encierra de purificación, sublimación de los instintos, llamamiento al ideal, sentido de la muerte y perenne culto religioso. Superado el primitivismo, muchos rasgos de éstos perduran.

La casa del griego es un santuario, en cuyo hogar perviven los males, los límites de su parcela están demarcados por los dioses, sobre su ciudad vigilan insomnes y vengativas deidades. Las fuerzas misteriosas de la naturaleza (el mar, la tierra genitora, el rayo, la luz) mostraban a sus ojos atónitos personificaciones concretas y exactas, a veces amigas, a veces maléficas. Y las llamaban por sus nombres: Poseidón, Gea, Júpiter, Apolo.

<sup>8</sup> BOWRA, o. c., p. 90.

<sup>9</sup> *Idem.* Ib., p. 91.

El día comienza con una libación ante el dios y con un sacrificio. Las comidas son ritos compartidos con la divinidad. Vive pendiente de que el fuego del hogar no se extinga, porque el olvido del dios le acarrearía males terribles y el no invocarlo, cuando sale o entra de y a su casa sería una falta grave contra el dios. Cuando está fuera de su casa la zozobra no cesa: un rayo, una lluvia, un pájaro agorero le corroe la conciencia. De ahí ese continuo expiar y ese ininterrumpido consultar el beneplácito divino por medio de arúspices y supersticiones. El ágora se suspende si las víctimas no han indicado signos favorables. Si grita un murciélago se suspende la asamblea popular. La superstición invade los actos más graves, ya que el ateniense no entra en combate antes del séptimo día del mes y el espartano sólo en plenilunio. Hay fórmulas para curar la enfermedad pero deben repetirse 27 veces escupiendo cada vez. Todavía en los tiempos gloriosos y racionalistas de Atenas la superstición atemoriza las conciencias. “Un general es un hombre que sabe combatir admirablemente, que sabe sobre todo hacerse obedecer. . . pero que cree firmemente en los agüeros, que celebra todos los días los actos religiosos y está convencido de que lo más importante no es el valor, ni siquiera la disciplina, sino el enunciado de algunas fórmulas exactamente dichas según los ritos”.<sup>10</sup> Casi como un réspice ponía Platón en boca de Sócrates aquellas palabras: “Los augures deben estar bajo la autoridad del general, y no el general bajo la autoridad de los augures”.<sup>11</sup> Sabemos el manejo que da Sófocles a los magos oráculos, sobre todo en las Traquinias y en Edipo Rey. Los oráculos nunca fallan, son los hombres los que se equivocan al interpretarlos.

Temor y libertad individual, angustia y libertad interior. Parece que estos términos andan en pugna, y que si el hombre quiere conservar su albedrío tendrá que declararse simplemente ateo o buscarse una religión de amor. A este propósito apunta Bowra: “Lo que echamos de menos en la religión griega es el amor. Los dioses quizás tengan sus favoritos entre los hombres, pero en los momentos críticos los abandonan, como Apolo abandonó a Héctor, cuando se enfrenta al fin con Aquiles, o Artemis abandona a Hipólito cuando Afrodita ocasiona su ruina”.

“Los hombres pueden respetar a los dioses, y hacerse amigos de ellos, pero no hay nada en sus relaciones que pueda ser llamado estrictamente amor de dios, y, aunque Aristóteles barruntó oscuramente tal posibilidad (Ret. 1391, b, 2) un miembro de su escuela dice: ‘sería ridículo que alguien pretendiera haber amado a Zeus’.”<sup>12</sup>

Hechos desde la cuna a la praxis de la sujeción, los griegos quemaban sus

<sup>10</sup> FUSTEL DE COULANGES, o. c., Trad. Ciges Aparicio, B. Aires, 1942, p. 270.

<sup>11</sup> PLATÓN, *Laques*, 198, e.

<sup>12</sup> BOWRA, o. c., p. 91.

anhelos de libertad individual en el culto de la familia y de la polis. Su religión esencialmente mítica, por sus orígenes, sus cultos y sus ritos subordinó la conciencia e inspiró en la vida el soplo trágico que hace del griego un ser-para-la-muerte. Con ello estamos en el ideal heroico.

Tal se nos presenta el aspecto religioso del mito.

El ideal heroico, que se destaca como elemento principalísimo del mito, tuvo una máxima expresión en Hércules. Hércules aparece como una reencarnación de Zeus. Lo que éste pudo haber sido en tiempos remotísimos, lo es Hércules para los más modernos. Un auténtico modelo para el ideal heroico.

Nació Hércules<sup>13</sup> de una aventura amorosa de Zeus y Alcmena, mujer de Anfitrion de Tebas. La diosa Hera, más airada con el fruto de la unión que con el padre de los dioses, aparece en la epopeya homérica como una Eris mala que pone acechanzas al héroe, quien de cada celada fatídica emerge más grande y más altivo; por eso vemos que ya en la cuna el infante juega con dos serpientes echadas por Hera para que lo mataran y que las estrangula. Hércules es el destino heroico.

Las maravillosas prendas del héroe mozo son sometidas a rigurosa *paideia*, porque la *areté* necesita perfeccionarse por la *praxis*: Anfitrion le enseña a conducir el carro, Autólico lo adiestra en el pugilato, Eurito en el arco y Cástor en el combate de armas pesadas. A su maestro de música, Lino, lo mata con un golpe de la lira porque lo reprendió. Hércules es la fuerza y el orgullo.

Los dioses le regalan armas invencibles, pero él prefiere su poderosa clava, porque confía plenamente en sus músculos y en su astucia.

Hera lo enloquece y mata a sus hijos. No es el único error de su vida mortal, porque también mata a su dulce Megara en otro arrebato de ira y amente brutalidad. Es un mortal sujeto a crímenes y pecados horrendos. Pero se purifica y el oráculo de Delfos le predice la inmortalidad.<sup>14</sup>

Wilamowitz<sup>15</sup> estudió con sumo cuidado el camino de la formación del héroe griego estableciendo un paralelo entre la novela de Hércules por Herodoto y la fábula de Pródico *Hércules en la encrucijada*. Sócrates se había valido de ella para enseñar a los griegos que los dioses no conceden a los mortales sus bienes si éstos no los buscan con esfuerzo y ascetismo heroicos.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> HOMERO, *Iliada*, XVIII, 119; *Odisea*, XXI, 14-30.

<sup>14</sup> EURÍPIDES, *Heráclidas*, *Herculens furens*, 932 ss.; MACGREGOR, *Studies and diversions in Greek Literature*, London, 1937, pp. 146-82.

<sup>15</sup> WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, *Herakles*, t. I, p. 101.

<sup>16</sup> JENOFONTE, *Memorables*, II, 1, 21 ss.

*Hércules en la encrucijada*, nos describe al héroe frente a dos mujeres, una de las cuales lo fascina con sus atractivos, en tanto que de la otra le cautivan su recato y sencillez. La una le promete vida tranquila y placentera, lograda, sin esfuerzo, por las fatigas del prójimo. La otra le ofrece una vida de lucha y ascetismo, de dedicación a los demás y de férreo dominio de su alma y de su cuerpo. Hércules siguió tras la señora *Areté* por la agria cuesta de la superación personal y del servicio de su rey y de su polis.

Aymard-Auboyer dicen de la fábula:<sup>17</sup> "Un ideal muy noble de sabiduría y exaltación de la voluntad, que se simboliza en Hércules, para librarse de las pasiones y de lo que no es de la esencia de la naturaleza humana". Seguramente que esta interpretación no haría mucha gracia ni a Pródico, ni a Sócrates, pues lejos de esa especie de catarsis, su fábula apuntaba a un blanco bien rico en contenido. La señora *Areté*, suma de las excelencias del héroe, está indicando el camino para poseerla, sí, para poseerla a ella, pues no se entregará al héroe sino en ese arduo sendero.

Tal vez pocos autores han dedicado al contenido de la *areté* un estudio tan fino y meticuloso como el que nos ofrece Jaeger en *Paideia*. Para él la *areté*, en su polifácico contenido, presenta un doble aspecto fundamental: capacidad innata para superarse y realización de esa capacidad en el servicio de la polis. Para Jaeger uno de los símbolos magnos de la *areté* es Prometeo que también muestra el camino práctico de las superaciones, enseñando a los hombres a salir de su estado de absoluta ignorancia, en el que no son sino "como imágenes de un sueño" (Esquilo, Prometeo, 447).<sup>18</sup>

Quizás Jaeger tenga razón en simbolizar la *areté* en Prometeo, vencido y altanero frente a Zeus, como repitiendo las palabras de Protágoras: "el hombre es la medida de todas las cosas". El hombre como ser pensante y como ser-que-se-hace-para la acción y consume su acción en la muerte. Prometeo es un gran ser-para-la-muerte. Es sublime, pero un sublime del siglo XX, enfrentado con el omnipotente en el mismo acto de desgarrarse y de morir.

Hércules aparece también enfrentado a la divinidad, pero es a una divinidad que lo fustiga y que lo estimula a la hazaña. El no se enfrenta a la divinidad, la divinidad se le enfrenta a él. Aparece inclusive piadoso, en ocasiones, y consulta el oráculo y se purifica. Hera, más que un obstáculo para él, es una otorgadora de obstáculos para que el héroe los supere. Más que una enemiga es la piedra de toque del héroe. Al final se reconcilian y Hércules se casa con su hija Hebe, no bien obtenida la inmortalidad.

<sup>17</sup> AYMARD A. y AUBOYER JEANNINE, *Hist. Gen. de la Civiliz.*, V. I., *Oriente y Grecia Antigua*, Ed. Destino, Barcelona, 1958, Vicens Vives.

<sup>18</sup> JAEGER, WERNER, *Paideia*, Trad. Joaquín Xirau y W. Rocés, Ed. F. C. E., 1a edición en un volumen, México, 1957, pp. 19-27, 883 ss., *passim*.

El mito de Hércules es la declaración de fe en el hombre. Los griegos tuvieron fe en el hombre. "Son muchos los portentos, pero nada hay más portentoso que el hombre", exclamaba Sófocles.<sup>19</sup> Y hay que tener fe en el hombre, en su capacidad de superación, en el germen de heroísmo latente que, por falta de ideal y de esfuerzo, casi nunca produce hombres notables.

El exaltado interés de los griegos por el hombre nacía del doble elemento, que descubrió en él su intuición genial: *capacidad-original* de *realizar-hazañas*. Sin capacidad toda realización es imposible, sin realización la capacidad queda infecunda. La máxima realización, coronamiento y clave de los pequeños logros de la vida, es la *muerte*, más gloriosa si se brinda en un combate de titanes —como el que libró Hércules con los cércopes—, donde el hombre sella con sangre toda su capacidad de superación y de entrega a la polis.

Héctor sabe perfectamente que Aquiles, más ágil y más fuerte, va a matarlo. Con todo, sale sereno al combate porque ha llegado la hora de consumir el ideal heroico: luchar por su ciudad, morir por ella y lograr así la feliz supervivencia de los héroes. Su muerte no va a ser la del soldado incógnito y sin lustre. Héctor, adiestrado por la señora Areté, se sabe un griego superado, sabe que su acción es trascendental, que la muerte encontrada en el campo de batalla, hostigando al más peligroso de los enemigos de la patria, perpetuará su nombre asociado a su heroísmo.

Para el griego lo importante no es ni vivir, ni propiamente morir. Muchos mueren y eso nada significa. Es morir como se vivió y para lo que se vivió. El hombre es un ser para la muerte, pero para-la-muerte-con-intencionalidad, donde brille toda la superación y entrega, que logró fijar en la vida, como catalizador, la *areté*.

Bowra también ha estudiado con diligencia el contenido de la *areté*. Este merítísimo autor lo llama las cuatro virtudes cardinales del griego: valor, moderación, justicia y sabiduría. Estas virtudes constituyen al "hombre-cuadrangular" y son el cuadrilátero de la ética griega. El *valor* está asociado al embellecimiento del cuerpo sano, ágil, musculoso, adiestrado, hercúleo. Lo que Esquilo decía de los Siete contra Tebas: "Su corazón de hierro en ascuas — respiraba valentía, y en sus ojos, — como en el de los leones, brillaba Ares",<sup>20</sup> indica que a esa belleza del cuerpo apolíneo se debe añadir la fogocidad del ánimo. La *moderación* es el canon de la estética concebida como lo exige Hegel: "Entre los civilizados, es por la cultura espiritual como el hombre busca realzar su valer, porque solamente entre ellos los cambios de forma, de comportamiento y todos los demás aspectos exteriores son productos de

<sup>19</sup> SÓFOCLES, *Antígona*, 332-3.

<sup>20</sup> ESQUILO, *Siete contra Tebas*, 52-3.

cultura espiritual".<sup>21</sup> Los griegos entendieron, por la moderación, que el espíritu debe aflorar en sofrosine, en eurythmia, en equilibrio de la mente, de la voluntad, de la mímica y del arte. Lo decía Pericles: "Amamos lo bello sin ostentación, y amamos la sabiduría sin afeminamiento".<sup>22</sup> La *justicia* es la moral, pero entendida como ideal de entrega a los demás, de aniquilamiento del yo egoísta y de sacrificio debido a la polis. "Dar a cada hombre lo que le es debido".<sup>23</sup> "El pueblo debe combatir en defensa de la ley como en defensa de la muralla de su ciudad".<sup>24</sup> La *sabiduría* está asociada al conocimiento de sí mismo, de la filosofía, del *logos*, de la poesía, de las matemáticas, de las ciencias naturales, de la política.<sup>25</sup>

La *areté*, con su cortejo de virtudes, hizo el estilo de vida de los griegos. De Temístocles, una de las realizaciones bien logradas de este estilo de vida, dice Tucídides: "No tuvo rival en hacer en cada ocasión lo debido".<sup>26</sup>

Hércules, formado por la *areté*, se presenta en el mito como el hombre cuadrangular, en quien el valor, la fortaleza, la astucia y la justicia, en todo lo relativo a su rey, alcanzaron una realización ideal. Tirteo, el poeta general, alentaba a los espartanos a ir por los caminos de Hércules: "Sed dignos del nunca vencido Heracles, tened valor, Zeus no nos ha vuelto la espalda airado. No temáis la fuerza del enemigo, ni huyáis".<sup>27</sup>

En los 12 trabajos de Hércules, cuyo origen hay que buscarlo, por toda la literatura de Grecia, en poetas, filósofos, historiadores, moralistas, grandes trágicos, el héroe se proyecta como gestor de proyectos inauditos. Hércules, para las mentes jóvenes de Grecia, fue lo que pudo haber sido en un momento de nuestra infancia Tarzán, para la niñez de hace 20 años. Un héroe, el gran héroe invencible.

Para los filósofos, moralistas y poetas el mito de Hércules es valiosa fuente y lo usan para exponer sus ideas sobre el destino superior de Grecia, sobre el derecho del más fuerte, sobre la fidelidad al rey y a la polis, sobre la victoria del hombre allí donde parece ser vencido siempre, es decir, la vejez y la muerte. Hércules es la fuerza, el valor, la astucia; Hércules es la brutalidad y el atropello; Hércules es la justicia debida al rey, a la polis; Hércules

<sup>21</sup> G. W. F. HEGEL, *Esthétique*, Aubier, Ed. Montaigne, París, 1944, I, p. 56.

<sup>22</sup> TUCÍDIDES, II, 40, 1.

<sup>23</sup> PLATÓN, *República*, I, 331 e.

<sup>24</sup> HERÁCLITO, Diehls, Frag. 44, Ed. Oxford, 1956.

<sup>25</sup> *Idem*, ib., Frag. 45: "No se puede en el viaje hallar los fines del alma, aunque se recorra todo el camino; así de profunda debe ser su ley" (Logos).

<sup>26</sup> TUCÍDIDES, I, 138, 3.

<sup>27</sup> TIRTEO, Frag. 8.

es la juventud y la inmortalidad; Hércules es la victoria del hombre sobre los elementos de la naturaleza y sobre las deidades del mal.

Todos estos aspectos están recogidos en *los 12 trabajos de Hércules*: Cuando su rey Euristeo le pide un servicio singular, él lo ejecuta de manera casi portentosa. Así aparece en los siguientes trabajos: —La caza del león de Nemea, ejecutada con sus propias manos. Luego se vistió con su piel y se puso de casco la cabeza de la fiera; —La caza del jabalí de Erimantea, dañino y poderoso, demostró la audacia de Hércules, al emplear éste una red, como recurso para atrapar la bestia; —Valiéndose de ardides, alejó las aves antropófagas de Estinafalia; —capturó la coraza de Cerinea, que tenía cuernos de oro y patas de bronce; —exterminó la hidra de Lerna, monstruo hasta entonces invencible, con sus nueve cabezas y su poder de echar dos por cada una que le extirparan; —limpió en un día los establos de Augias, que estaban sucios desde hacía treinta años, y donde se arracimaban 3,000 bueyes; para ello, aquel genio de los recursos insospechados desvió hacia el establo los ríos Peneo y Alfeo; —apresó el toro de Creta y en sus propios hombros lo condujo a Euristeo.

Hércules no es solamente esfuerzo y astucia en beneficio del rey, sino la encarnación del derecho del más fuerte. Euristeo lo utiliza en este sentido para conseguir toda una serie de caprichos personales, que sin él no habría obtenido jamás. Por complacerlo, Hércules roba y mata con naturalidad impresionante. Este aspecto lo muestran tres de los trabajos del héroe: —Para apoderarse del cinturón encantado de la amazona Hipólita, la mató; —Para adueñarse de los caballos salvajes de Diomedes de Tracia, lo mató y amansó a las bestias con la carne de su amo; —Robó los bueyes de Gerión y los llevó de Africa a Esparta, viaje en el que erigió las columnas, que hoy llevan su nombre.

La acción de Hércules el temerario no tiene una circunscripción precisa: triunfa en su acción contra el Hades y en su acción contra Hera. Ni el cielo, ni los infiernos parecen detenerlo. Parece decimos este mito: si la humanidad te pide que bajes al infierno, baja pronto; si la humanidad te pide que engañes a los dioses, engáñalos con habilidad. Tal es el sentido de los dos últimos trabajos de Hércules: —el robo de las manzanas del jardín de las Hespéridas, que Juno hacía guardar con tanto celo; —y su bajada al Hades, donde conquistó al cancerbero, liberando a Teseo y a Escálafo de sus tormentos.

Frente a este coloso del esfuerzo y de la audacia, cabría preguntarse: ¿es un dios o es un hombre? Es un dios-hombre, nos respondería cualquiera de los griegos de la edad heroica. Por su sangre olímpica es dios y por su madre Alcmena es hombre; por su sobrehumano esfuerzo y superior sabiduría —en el sentido mítico de los términos— es dios, y por sus fallas y errores es

hombre; por su invencible manera de actuar es dios, y por su absoluta consagración a su rey y a su polis es hombre, hombre pleno y cabal.

En la dolorosa encrucijada de la vida, su libertad escogió la agria ruta de la virtud y del sacrificio en pro de los demás; pero hubiera podido también echarse por el camino de la laxitud y del egoísmo. En este último caso no habría sido Hércules, sino el hijo bastardo de Alcmena. La libertad es una elección fundamental, nos está diciendo el mito de Hércules. Hecha esta elección parece como si perdiera su naturaleza trascendental y se trocara en una impostura. Pasado el gran momento de la elección la libertad es una impostura. Pero no del todo, porque entonces a la libertad le resta otra misión importante, a saber, la de trocar al hombre indefinido aun después de la elección en el hombre cuadrangular, valor-moderación-justicia-sabiduría. Cumplida esta misión, la libertad no podrá coronarse de diosa hasta que no se entregue al ideal sumo de la vida que es la polis, en la final hazaña de la muerte. La final gran aventura exige una ascesis continua, que consiste en preparar el tipo de muerte con una pequeña muerte cada día.

No tengas compasión de tu prójimo, porque el hombre es algo que debe ser superado, era la fórmula que proponía Zaratustra. No tengas compasión de ti mismo, porque el prójimo es algo que debe ser superado, es la fórmula griega.

Platón, en el *Gorgias*, aprovecha el mito de Hércules, más concretamente el robo de los bueyes de Gerión para hacer proclamar a Calicles el derecho del más fuerte, demostrando que los bienes del débil son por naturaleza el botín del fuerte.

No es acaso proclamación brutal del derecho del más fuerte aquel texto de Aristóteles, que llega hasta la justificación de la esclavitud: "Sin duda alguna, si los hombres difieren tanto entre sí en las meras formas de sus cuerpos como las estatuas de los dioses difieren de los hombres, todos estarían de acuerdo en que los de la clase inferior deberían ser esclavos de los de la superior".<sup>28</sup>

La cara oscura de la medalla griega aparece cuando miramos al rebaño de los débiles, y el contraste cruel de las clases. La aristocracia es descendiente de los dioses, y filósofos, moralistas, poetas, historiadores dedican todo su desvelo para formarla y capacitarla en la *areté*. Pero, "el esclavo no tiene *areté*" dice categóricamente Aristóteles<sup>29</sup> y por tanto no merece un desvelo, una sonrisa. "Los esclavos son incapaces de felicidad y de libre albedrío", vuelve a decir Aristóteles.<sup>30</sup> "Un esclavo o cualquier otro animal", dice en

<sup>28</sup> ARIST., Pol., 1254 b, 34.

<sup>29</sup> *Idem.* Ib., 1259 b, 18.

<sup>30</sup> *Idem.* Ib., III, 7, c

su sitio Ulpiano, "servus vel animal aliud". La aristocracia "hizo uso de ellos, dice Séneca, como se hace uso de los animales". Infelices siervos, que ante la barbarie de sus amos, sólo podían responder con el estoicismo de un bruto. Conocido es el rasgo de Epicteto, esclavo de Epafrodita: Su amo se divertía golpeándole una pierna. ¡Que la vais a romper!, dijo Epicteto. Y la pierna se rompió. ¡Ya os lo dije! repuso, en su dolor, tranquilamente.

Ante esa tremenda realidad de la esclavitud, Séneca proponía un remedio brutal: "En todas partes, decía a los esclavos, podéis encontrar el término de vuestros males. Aquí hay un precipicio, por él puede llegarse a la libertad. Aquí está el mar, un río, un pozo: la libertad está en su fondo. Aquí hay un árbol pequeño, raquítico, estéril: la libertad pende de sus ramas. He aquí vuestra garganta o vuestro corazón: agujereadlos y obtendréis la libertad".<sup>31</sup>

A través del mito de Hércules, y en fuerza a los aspectos que acabamos de analizar, Grecia nos da vitales atisbos sobre la libertad individual. Ante todo, la conciencia humana parece que no puede ser enteramente libre, porque aquellos efectos cuyas causas desconoce traen zozobras e incógnitas que restan osadía al albedrío. El ser limitado, por el solo hecho de serlo, no es enteramente libre. Su conciencia se condiciona a su ignorancia, y su ignorancia coloca al hombre en la caverna del misterio. Negar el misterio es proclamar que el hombre ha superado todas las ignorancias y despejado todas incógnitas. Y a esto nunca llegará, porque la incógnita de su propio ser es indespejable. La posición del hombre en la vida y en el mundo es una serie de eternos y angustiosos gritos: ¿De dónde? ¿Para qué? ¿Hasta cuándo? ¿Y ayer? ¿Y luego? El hombre no puede descartar de su elenco las dos verdades apodícticas: yo vine a la vida sin saber lo que es vida, y yo soy un ser para la muerte. ¿Para qué serán la vida y la muerte?

Ese temor punzante de la duda nos demuestra que la proclamación absoluta de la libertad humana es un viejísimo y muy moderno mito. Y todos nos prestamos para revestir este mito. Cuando la libertad humana proclama que se ha liberado de todos los fetiches, se hace personaje de un mito, que se puede llamar Comte, Nietzsche o Superhombre, y que consiste en encarnar nuestro mero ideal de albedrío.

De la concepción griega del ideal heroico se desprende otro atisbo de la libertad individual, todavía más interesante. Muchos piensan que la naturaleza de la libertad está en la afirmación categórica del propio yo y del querer

<sup>31</sup> SÉNECA, Cons. ad Marciam, 20.

íntimo. Grecia parece enseñarnos lo contrario. La libertad es *hacerse*, sí, pero también y quizás más todavía es *deshacerse*.

Hacerse fuerte, valeroso, moral, sabio, moderado. Hacerse personificación de un canon de virtudes que burilan la personalidad de conformidad con el ideal heroico. Esta es la praxis. ¿Y cuál es la acción heroica a la que hay que someter a esa personalidad forjada conforme a los cánones del ideal heroico? Es el deshacer el yo egoísta y egocéntrico de esta decadente concepción de la vida occidental, es matar todo germen de egolatría pasivista, es someter a la prueba exterminadora de la muerte diaria el amor propio y la búsqueda de su propio provecho, para buscar en cambio el lustre de la polis, la utilidad común. El hombre es un ser-para-la-muerte, luego muramos cada día. Es satisfactorio llenar su cometido. Cuando un yo muere a sí mismo, la humanidad re-encuentra su cauce. Así entiendo el mito de Hércules y con este espíritu sitibundo me llego a beber en el humanismo de la Hélade.